

Flórez y Valencia: los Poetas de la Guerra de los Mil Días

Harold Alvarado Tenorio

To bring the dead to life
Is not great magic
Few are wholly dead:
Blow on a dead man's embers
And a live flame will start.

Robert Graves

Colombia venía moviéndose, a mediados del siglo pasado, hacia el encuentro de la modernidad. Desde 1849, cuando José Hilario López llegó al gobierno, los liberales habían abolido la esclavitud, reducido la influencia clerical en no pocos organismos administrativos y estimulado la formación de sociedades de artesanos. Luchas civiles y militares que concluyeron en la Constitución de Rionegro de 1863, una de las más ejemplares que se hallan redactado en América. Por primera vez, una constitución colombiana separaba los intereses eclasiásticos de los intereses colectivos. La Constitución de Rionegro permitió estimular la iniciativa privada y crear riqueza pública, así como brindó a las clases populares el sentimiento de estar viviendo en una sociedad que buscaba la justicia y la igualdad.

Tras varias guerras civiles, promovidas por los enemigos de la Constitución del 83, la naciente burguesía encontró en Rafael Nuñez el instrumento que detendría el cambio social por lo menos en cien años. Con el centralismo de Nuñez, el conservatismo autoritario y despótico volvió a instalarse en el poder. El clero obtuvo otra vez fueros en los asuntos políticos y las libertades públicas fueron abolidas. Los terratenientes colombianos pagaron, con la pérdida de Panamá, el apoyo norteamericano en su lucha contra los liberales en la *Guerra de los Mil Días*. Nuñez y Caro habían sido los gestores del fracaso político y social.

Nuñez, que se había educado en Inglaterra, "el único europeo de los prohombres de nuestro siglo XIX" según decir de Luis López de Mesa (*Historia de la cultura colombiana*, 1930, 71), sabía que de prosperar las ideas liberales, la idea de la voluntad popular, el naciente "proletariado" terminaría en el poder. Al estado representativo, los nuevos liberales,

es decir, los nuevos conservadores, opusieron, y con ellos Nuñez, una concepción corporativista del estado donde la Iglesia haría de la familia un instrumento de coacción para permanecer en el poder. La familia, la sagrada familia con su confesor, sus colegios y las ideas del papado reemplazaron en Colombia las ideas libertarias de mediados de siglo. Nuñez pudo así detener y congelar el avance social, al tiempo que abría las puertas del país al imperialismo norteamericano.

Pero Nuñez no encontró en las ideas y personas de los obispos los postulados, que tanto admiraba, de León XIII. Su León XIII fue don Miguel Antonio Caro.

Autor de la Constitución de 1886, Caro dotó a Nuñez de las leyes con las cuales convertir un estado liberal en uno policivo y reaccionario, cuya función fundamental era vigilar la moral pública y privada, y donde la Iglesia era la fuente de todos los poderes, incluso el económico. Una novísima sociedad feudal con amos pero sin siervos.

Nuñez y Caro nada dijeron a escritores como Silva y Flórez, y sí a Valencia, que seguiría palmo a palmo el camino de sus mentores. Los versos de Nuñez pretendieron ser filosóficos.

Nuñez —ha escrito Javier Arango Ferrer (*Ratz y desarrollo de la literatura colombiana*, 1965, 278)— versificaba correctamente en sextinas y quintillas, hoy fuera de uso por la reiteración de las rimas y los finales agudos. Fue el poeta de la duda receloso aun de su propia sombra. Lo raro es que no hubiese dudado de su calidad como poeta.

Las traducciones de Caro, puro ejercicio gramático. Lo que importaban eran sus ideas políticas y su poder, que terminó por hacer de sus fracasos poéticos un gusto de la época.

Otro tanto sucedió con la pintura. Frente a Santamaría (1860-1945), los artistas de éxito fueron los academicistas Garay (1849-1903), Cano (1865-1935) y Acevedo Bernal (1867-1930).

La academia, escribió Eugenio Barney Cabrera (*Manual de historia de Colombia* III, 603), con todo el rigor de la ortodoxia aclimatada en el trópico, sólo admitía apuntes y bocetos paisajísticos o, en el mejor de los casos, a manera de aditamentos y agregados en el 'cubo' del cuadrado principal, o lateralmente, en reemplazo de las cortinas y los rasos que completaban el 'ambiente' del tema mayor. Académicos a la manera de Garay o de Acevedo Bernal, preferían la penumbra de los gabinetes para que mejor resaltasen las efigies doctorales de los personajes retratados, o fondos neutros que querían recordar 'la atmósfera', el 'aire que circula', del Velázquez recién descubierto, para colocar allí el abanico y las sedas, las joyas y los adornos, dentro de los cuales aparecen la tiesa y forzada postura de la dama retratada.

El siglo XIX fue en Colombia una centuria de violencia y crueldad. Comenzó con la guerra de independencia (1810-1824) y a ella siguieron nueve guerras civiles, catorce guerras locales, dos guerra con el Ecuador,

tres golpes de cuartel y una conspiración fracasada, para terminar con la *Guerra de los Mil Días* (1899-1902) la más infame de todas. Jorge Holguín (*Desde cerca, asuntos colombianos*, 1908, 148) escribió sobre esta última:

La guerra de 1899 ha sido la más terrible, la más sangrienta y la más costosa de las que han tenido lugar en Suramérica. Colombia perdió en ella ochenta mil hombres, muertos en los campos de batalla o a consecuencia de enfermedades contraídas durante la campaña fratricida. La cifra es enorme si se tiene en cuenta la población total del país y demuestra el valor y la furia con que se batieron ambos contendientes. La cifra de las personas fusiladas por razones políticas en aquella hora de tinieblas, fue también espantosa.

El país quedó devastado; la miseria y la desolación reinaban en todas partes; como no había habido siembras, no se cosechaba; el comercio abatido, los negocios completamente paralizados. No faltaron casos de gentes que murieran de hambre, lo cual en un país tan rico como Colombia da la medida de los males terribles que causó esta guerra que duró más de tres años. La destrucción de la riqueza pública mientras duró este flagelo, se calcula en 25 millones de pesos oro.

Al empezar la guerra existía en el país una pequeña cantidad de papel moneda cuyo curso era casi a la par con la moneda de plata. Después de la guerra, la emisión de papel moneda de curso forzoso, alcanzó la enorme suma de mil millones de pesos, con lo cual se produjo un trastorno general en toda la república, como que las fluctuaciones eran de cinco a seis mil puntos en el curso de cada mes, de donde vino a resultar que ninguna transacción era posible. El cambio entre el papel moneda y el oro, llegó a estar al 25.000%, es decir, que era preciso dar 250 pesos en papel moneda por un peso en oro. El país estaba absolutamente arruinado. La agricultura no daba ninguna señal de vida. Paralizado el comercio, las quiebras se multiplicaron de modo extraordinario haciendo la situación extremadamente difícil. Una miseria horrible se extendió por todo el país. La contemplación de pueblos devastados, de plantaciones encendidas, de campos abandonados, de familias enteras que vagaban por todas partes sin hogar, sin pan ni vestidos oprimía el corazón y hacía saltar las lágrimas de los ojos. Un soplo de muerte había pasado por todo el país.

Apenas terminada la guerra civil de que hemos venido hablando, un acontecimiento doloroso vino a producir una quemadura en el alma de Colombia: una de las provincias más bellas y más ricas, con una población de 300.000 habitantes, se separó de la metrópoli y se constituyó en estado independiente con el nombre de República de Panamá.

La ciudad más afectada por la guerra fue Bogotá. Esa ciudad que parecía olvidar a Santafé, aquella que veía emerger Silva en medio de una danza de millones, ahora, al fin de la contienda era un mísero pueblo de provincia, solitario y con escaso movimiento comercial. En un texto poco conocido, Ricardo Santamaría Ordoñez (*Semana*, agosto de 1943), hace uno de los cuadros más patéticos de Bogotá a comienzos de siglo:

Al terminar la última guerra civil, el aspecto de Bogotá era el de una ciudad de provincia, silenciosa y monótona, con escasa población y con pocas manifestaciones de vida exterior. Sus casas, con reducidas excepciones, eran de adobe y la mayoría de ellas de una sola planta, sin ningún adorno decorativo en sus puertas y sin rejas de fierro repujado en sus ventanas que denotasen haber sido la residencia de algún acaudalado emigrante español. Sus calles estrechas estaban cubiertas de guijarros puntiagudos en medio de los cuales crecía en abundancia una yerba de un verde oscuro, salpicada de trecho en trecho con pequeñas flores amarillas. Sus andenes consistían en unas losas de piedras mal talladas, a cuyos bordes se sentaban unos mendigos, cubiertos de harapos malolientes,

que imploraban la caridad de los pocos transeúntes. En medio de esa quietud, de cuando en cuando, se veía una silla de manos, seguida de una sirvienta, que conducía a una dama o a un anciano a una visita. Y los pocos ruidos que se oían eran o los de un coche que pasaba con un movimiento vibratorio por las calles centrales o el del tranvía de mulas que, con una lentitud exasperante, hacía el recorrido por la carrera séptima entre San Diego y San Agustín.

En los únicos lugares donde había una continua animación era en las fuentes públicas, que estaban situadas en las plazas y en las principales calles a poca distancia unas de otras. Tales fuentes tenían curiosos nombres que indicaban o bien una persona como el Chorro del Fiscal, o bien un sitio como el Chorro del Rodadero, o bien un objeto como el Chorro de las múcuras...

En estas fuentes, desde las primeras horas se agrupaban una multitud de mujeres y niños, que con toda clase de cántaros de tierra cocida, se empujaban a fin de colocarse en el primer turno al pie de la fuente, en medio de las conversaciones y de los murmullos, mientras los niños descalzos se entretenían jugando con el agua que corría, formando charcos, por las calles.

La avenida de Colón, que en aquella época se llamaba el Camellón de San Victorino era otro lugar donde había un permanente movimiento de vehículos y de gente. Allí se veían campesinos a caballo con sus tradicionales zamarros de cuero de león, que iban y venían de las haciendas cercanas de Paiba o Pensilvania; carros de yuntas de bueyes que conducían de la estación de la Sabana hacia la calle Real, o hacia la plaza de mercado, fardos de mercancías extranjeras o productos de las tierras calientes, en medio de las espesas nubes de polvo. Además de ser la única entrada que tenía Bogotá, esta avenida era un centro de actividades comerciales, donde se vendían las panelas de Fusagasuga, la miel de La Mesa, el azúcar de Chaguaní y los caballos de la hacienda de La Chucua.

Luego habla de los comercios de las calles Real y Florian, donde estaba "el almacén de luto de don Ismael Sánchez", y las tiendas de los franceses Magín, Bonnet, Laurens, Garcín y Richard. Al referirse al barrio de la Candelaria, el más tradicional y clasista hasta mediados los años cuarentas, anota:

El más interesante de estos barrios era el de la Candelaria, donde cada casa guardaba en sus muros un recuerdo histórico y donde vivían, como alejados de todo contacto con el mundo exterior, numerosas familias de rancieros linajes, que mantenían intactas, de padre a hijo, las viejas tradiciones españolas, con todos sus caprichos y sus prejuicios sociales.

Este era, a grandes rasgos, el clima social que vivía la capital una vez terminada la *Guerra de los Mil Días*. Esos los días donde Flórez y Valencia gozaron de prestigio.

La Gruta Simbólica surgió en plena *Guerra de los Mil Días*, durante la dictadura de Marroquín. La vida, en ese Bogotá controlado por los Históricos se había convertido en una pesadilla cuyos días eran velados por una multitud de esposas, amantes, hermanas y madres que preguntaban en las cárceles y comisarias por sus esposos, amantes, hermanos e hijos. El 31 de julio de 1900 Marroquín había dado, siendo vicepresidente, un golpe de estado al anciano Sanclemente, apoyado por el ejército. La gente tenía que proveerse de salvoconductos para poder circular de noche. El aspecto de las mujeres no podía ser más patético: de negro hasta los pies vestidas, guardando luto por sus muertos.

Una noche —escribió Luis María Mora (*Los contertulios de la Gruta Simbólica*, Bogotá, s.f.), andábamos sin salvoconducto cuando de súbito caímos en poder de una ronda. Componían el grupo Carlos Tamayo, Julio Flórez, Julio de Francisco, Ignacio Posse Amaya, Miguel A. Peñarredonda, Rudesindo Gómez y yo. No podíamos andar de noche por desafectos al gobierno y no nos quedaba más remedio que pasarla en un cuartel, cuando menos. De pronto Carlos Tamayo les dijo a los de la ronda: "Señores, tenemos un enfermo grave; vamos en busca de un médico; acompañenlos hasta la casa para llamarlo, aquí no más es". El oficial consintió en ello. Golpeamos en la ventana de la casa de Rafael Espinoza Guzmán, y apenas este asomó, Tamayo le dijo: "Doctor, ábranos que tenemos un enfermo grave como usted ve (y señaló con disimulo a los soldados). Es preciso que vaya a la casa". "Lo haré enseguida (contestó con gravedad el doctor), pero sigan entre tanto". Así hicimos y nos quedamos hasta el alba.

Esa noche los contertulios mataron las horas del amanecer entre copitas de moscatel, recitación y lectura de versos, improvisados sainetes políticos, canciones y risas. Al final, el dueño de la casa les invitó a repetir la tenida, quedando desde ese amanecer constituida la *Gruta Simbólica*. Que no fue nunca, como podía pensarse, un foco de oposición a los gobiernos reaccionarios y pro-imperialistas. A ella concurrían los enemigos de Marroquín, pero también el joven Guillermo Valencia, entonces Secretario de Gobierno de Cundinamarca, y hasta un sobrino del dictador. Uno de los huéspedes de honor fue don Rafael Pombo y hasta llegaron a invitar a Marroquín, quien no aceptó, quizás porque consideraba poco serias las sesiones de este club de humoristas que resistía, con igual fervor, un texto de Luis María Mora —adicto al clasicismo— y otro de Flórez, entre romántico y romántico.

Julio Flórez (1867-1923) tenía veintitrés años cuando apareció su primer libro de versos, *Horas*, en 1893. Fue hijo de un médico y pedagogo que llegó a ser presidente del Estado Soberano de Boyacá. Tres de sus diez hermanos estuvieron vinculados a la poesía, la política y la música¹. Hizo sus primeros estudios en un colegio que tenían su padre y hermano mayor en Puente Nacional, y los continuó en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hasta 1885, cuando abandonó el plantel a causa de la guerra. Se dice que desde joven tuvo un protector bogotano que le permitió asistir al taller de Alberto Urdaneta y colaborar, como dibujante, en el *Papel Periódico Ilustrado*. Allí conoció a Pedro Morales Pino, Ricardo Acevedo Bernal y Epifanio Garay, músico y pintores que marcaron el gusto de la época. El joven poeta ganó en esos años varios concursos de pintura y

¹ "Manuel de Jesús, médico y educador como jefe de la familia, fue autor de un libro de versos titulado *Los rumores del Combeima*, en donde más de un músico popular bebió frases y estrofas completas para acoplar a sus melodías. Leonidas fue importante colaborador de *La lira nueva*, abogado liberal que ocupó puestos de mando de gran importancia en las filas del partido; senador por el Cauca cuando apenas iba por los veinte años, habiendo tenido que adaptar su edad, y a los veintiséis nuestro plenipotenciario en Suiza. Alejandro, además de ingeniero civil y militar, era poeta y músico de trascendental ejecutoria, en el desarrollo de nuestra canción popular". (Hernán Restrepo Duque: *La gran crónica de Julio Flórez*, 1972).

siguió trabajando como ilustrador no sólo para *El Papel Periódico* sino para *Colombia Ilustrada* donde en agosto de 1890 aparecen sus últimos paisajes de Colombia.

No obstante sus oficios como dibujante, Flórez gozó desde su juventud de prestigio como poeta. Según Ismael Enrique Arciniegas (ver Hernán Restrepo Duque: *La gran crónica de Julio Flórez*, 1972, 22), en 1885, Miguel Antonio Caro "consideraba a Flórez como gloria del país", a pesar de que era un furioso liberal. De esos años son sus famosos poemas *La araña* y *¡Oh, poetas!*, cuyas anécdotas de composición son un retrato del ambiente que se vivía antes de la *Guerra de los Mil Días*².

De la relación de Flórez con Silva, si es que la hubo, nada nos ha quedado escrito. Lo cierto es que la fama de blasfemo del primero quedó confirmada una vez más cuando leyó, el día del entierro, sus sonetos a Silva y que merecieron la excomunión del arzobispo Herrera Restrepo:

Lejos de las paredes ennegrecidas
que guardan el silencio del camposanto,
lejos de las plegarias, lejos del llanto,
se ven las sepulturas de los suicidas.

De aquellos que, con almas engrandecidas
en luchas misteriosas, sin fe ni espanto,
deshojaron, en horas de hondo quebranto,
como flores siniestras sus propias vidas.

De aquellos que miraron entre aficciones,
caer descoloridas, una por una,
como cálices mustios sus ilusiones;

y que, al fin, a los golpes de infausta suerte
madre y patria y amigos y gloria y cuna
olvidaron por irse tras de la muerte.

•

Allí no se ven hidras ni siempre vivas,
allí no se ven aves ni mariposas;
hasta las mismas auras, que, silenciosas,
van en busca de esencias, huyen esquivas.

² "Algunos días después —escribe Arciniegas— empezó a hablarse en Bogotá de un gran concierto de caridad que iba a efectuarse en el Teatro Colón. Para uno de los números del programa se pensó en Julio Flórez, quien aceptó complacido. Y todos contábamos con el triunfo porque era un magnífico recitador. Días antes del concierto, me dijo el señor Caro: "Para todos los que reciten en el teatro hay censura (pues todavía no se había restablecido el orden público), pero he dado la orden para que se exima a Julio Flórez de la formalidad de mostrar su poesía a la junta del teatro, por deferencia para con él y porque supongo que usted conocera la composición". (Ver, Hernán Restrepo Duque: *La gran crónica de Julio Flórez*, 1972, pp. 24-25).

Allí no van los monjes; van las altivas
almas que sólo piden sueño a las fosas;
allí van los poetas de armas ruidosas
y de frentes heladas y pensativas.

Allí no van los hombres vanos y oscuros,
no van allí los miopes de pensamiento,
ni menos los miedosos y los impuros;

Allí van... los mordidos por los dolores,
los que muestran los puños al firmamento,
los Prometeos dignos de sus furores.

••

Y allí estás tú, dormido. Cuando caíste
en la calma suprema, lívido y yerto,
se cuajó entre tus labios fríos, de muerto,
una sonrisa amarga, burlona y triste.

¡Grande fue la protesta! ¡Qué bien hiciste
en buscar en la sombra seguro puerto,
lejos de las arenas de este desierto.
del monótono ritmo de cuanto existe!

¡Cómo no huir del campo de la existencia
cuando el hado nos hiere, lleno de encono,
y sentimos el hielo de la impotencia!

¡Bien hiciste en matarme! Sirve de abono,
y, a la tierra fecunda... Si no hay clemencia,
para tí, nada importa: ¡yo te perdono!

Sus actitudes, sus desplantes, la bohemia de finales de siglo, eran una respuesta al difícil clima social que vivió el país después del triunfo de la Regeneración y que concluiría con el gobierno de Reyes. Fue durante esos últimos años del siglo cuando Flórez alcanzó la popularidad con que hoy se le recuerda. Sus borracheras, sus serenatas, sus improvisaciones, sus visitas al cementerio, las amantes engañadas, todo eso y más representaban el sentimiento nacional de un grupo social sometido a la destrucción de su concepto de nación, mediante la guerra y la paulatina y sistemática destrucción de su ideología.

Como el maldito Baudelaire del Segundo Imperio, las gentes nacidas bajo la Regeneración vivían en continuos desengaños y amaban más la muerte que la vida. Todo era símbolo del dolor que alimentaba su tiempo. Las mujeres "pecaban" pero eran perdonadas, así como las locuras de los enamorados o los crímenes por celos. Esa fue la época en que *María* volvía a morir entre los naranjos que rodeaban la casa de la sierra y Julio Flórez visitaba los cementerios:

Un grupo de soñadores, músicos, poetas, se dirigía al camposanto, a eso de la media noche en las más espléndidas ascensiones de luna. El grupo, salvada la verja del cementerio,

tomaba el vial del torreón de Padilla y penetraba en los osarios. Una melancólica música de instrumentos de cuerda resonaba en la cripta. Algunas aves sacudían las alas en los cipreses; cruzaban de lejos las luciérnagas de los fuegos fatuos y la luna iluminaba los mármoles de las tumbas. ¡Eran singulares serenatas a los muertos! ¡Eran confidencias con los sepulcros! Algunos inclinaban la frente contra los troncos de los árboles, y meditaban. Algunas veces Julio Flórez recitaba sus versos a Silva. Luego el grupo tornaba a la ciudad antes de que los sorprendiera la claridad del día, y así terminaban las extravagantes visitas a tantos seres idos, libres ya de la cadena de la carne. (Luis María Mora, citado por Restrepo Duque, *La gran crónica de Julio Flórez* 1972,88).

Llegado el gobierno de Reyes (1904), quien consideraba, como Caro, a Flórez capaz de tumbar gobiernos, lograron alejarlo del país dándole un cargo diplomático en España, que le permitió recorrer algunos países americanos triunfalmente. Cuatro años tardó en llegar a Madrid. Primero visitó Caracas donde se publicó su segundo libro, *Cardos y lirios* (1905), luego Cuba y México donde el dictador Díaz lo invitó a palacio varias veces. En 1908 llegó por fin a Madrid. Según Alfredo Gómez Jaime:

Continuamente iba de visita a mi casa donde concurrían numerosos literatos con los cuales formábamos pequeñas tertulias en que se declamaba, o se cantaban canciones de moda acompañadas al piano. En esas veladas, con amigos americanos y españoles, leales y entusiastas, Julio, a ejemplo de otros, declamaba algunas de sus bellas estrofas y como tenía un oído musical de primer orden, revivía en el piano los aires vivaces de las operetas en boga a las cuales se hiciera alguna alusión, o daba a conocer el estilo de nuestras sentidas canciones colombianas, cuya música extraña y lánguida, para oídos de otro país, eran motivos de gran interés y de verdadero agrado.

... y a veces también, Julio Flórez, nos hacía soñar con el alma dulce y triste de su tierra colombiana, cantando al piano los bambucos más sentimentales... ¡oh el encanto fúnebre y hondo de aquel *Simón el enterrador!*

En 1910 llegó Julio Flórez a Usiacurí, en busca de aguas medicinales y parece que encontró algún alivio a sus achaques, porque no sólo se casó sino que dejó de publicar libros. Se dedicó a la ganadería, a los negocios y a criar a sus hijos. De vez en cuando salían al pueblo montando uno de sus caballos, o a Barranquilla para recitar en los teatros *Municipal* y *Cisneros*. También visitaba los pueblos cercanos y tocaba el violín. Trece años vivió allí el vate. Un mes antes de su muerte fue coronado. Alberto Miramón (*Lecturas dominicales*, *El Tiempo*, mayo 21, 1967), testigo del hecho, lo ha recordado así:

El día catorce de enero de 1923, Barranquilla se aprestó para la ceremonia de la coronación de Julio Flórez. En una interminable fila de automóviles —hasta ciento cincuenta carros registraron las crónicas periodísticas— se movilizaron en la mañana las autoridades, delegaciones, amigos y admiradores del bardo hacia la cercana población de Usiacurí.

Los campesinos, las muchachas de las vecindades de la carretera, habían madrugado a llevar arcos triunfales, festones, palmas y gallardetes a lo largo del camino, en tributo de cariño, de ingenua admiración al cantor popular por autonomasía.

.....
En una silla sentado, un tanto decaído, pero tratando de sonreír, Julio Flórez fue sacado de la casa y llevado en vilo hasta el improvisado escenario... Inició la ceremonia un discurso del gobernador. Luego, en medio de un hondo, emocionado y doloroso silencio, la primera autoridad del departamento ciñó las cienes del poeta con una corona, gajo apolíneo en apoteosis fúnebre, conforme la expresión de Eduardo Castillo.
.....

En nombre de EL TIEMPO, le fue ofrendada una bellísima araña de oro; los presos de la cárcel de Santa Marta le enviaron un hermoso crucifijo; la colonia siria de la Costa, una tarjeta de oro; la italiana, un rico haz de aureos laureles...

Guillermo Valencia escribió para el poeta un texto donde retrataba su situación:

Hermano en el dolor y en el laurel de Apolo:
Llegan a mi los ecos de un himno alborozado.
Te aclaman, no sonries; te cercan y estás solo,
Como un ciprés en medio de un islote olvidado.

Comparaba la vida de Valencia con la de Flórez, ¡qué diferencia! La bohemia del poeta boyacense queda opacada por la pública y pomposa, de grandes salones, del vate payanés.

Valencia (1873-1943) nació y murió en la capital del Cauca: Popayán. Descendía de un español que fabricaba monedas bajo el reinado de Carlos III, cuyo hijo –Pedro Agustín de Valencia– recibió el título de Conde bajo Carlos IV. Su padre fue abogado y presidente de la universidad.

Hizo sus primeros estudios en el seminario, donde según sus palabras (Ver Oscar Echeverry Mejía: Valencia, 1965, 13)

alcancé a recitar en griego algo de Anacreonte, y aquella famosa defensa de San Juan Crisóstomo al eunuco Eutropio... Me aficioné de manera especial a los padres de la iglesia... Tertuliano... San Jerónimo... Sentí en latín a Virgilio, Horacio y Ovidio, y también en su idioma original a los clásicos franceses.

A los 19 años ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Cauca y poco después haría un discurso sobre “La iglesia católica en la edad media”. Es la época en que ingresa al partido conservador “por la influencia de cuarenta generaciones de antepasados”. A los veinte es nombrado secretario de la Prefectura, iniciando así una larga carrera de empleado de las altas esferas. Un recuerdo de sus cargos es otro retrato de este poeta: secretario de hacienda del Cauca (1894); secretario de Rafael Reyes (1895); representante a la Cámara (1896); primer secretario de las legaciones de Colombia en Francia, Suiza y Alemania (1899); jefe de la

sección tercera de crédito público de la Tesorería; secretario de educación de Cundinamarca; jefe civil y militar del Cauca (1901); representante a la Cámara (1903); Gobernador del Cauca (1905); representante de Colombia en la III conferencia Panamericana de Río de Janeiro (1906); senador por el departamento de Nariño (1908); candidato a la presidencia (1917); representante de Colombia ante la IV conferencia Panamericana de Santiago de Chile (1923); candidato a la presidencia (1927); miembro de la comisión asesora del ministerio de relaciones exteriores (1932); miembro de la comisión que firmó el tratado de paz entre Colombia y Perú en Río de Janeiro (1934), y miembro del consejo de defensa nacional (1941).

La vida de Valencia transcurrió, desde su llegada a Bogotá en 1895, en los grandes salones. Valencia llegó a la capital como secretario de Rafael Reyes, "admirando rabiosamente a Silva", y allí conoció a Baldomero Sanín Cano, quien sería su amigo de toda la vida. Ese Valencia de salón lo ha descrito Alberto Duarte French (*Guillermo Valencia*, 1963, 43), en un español digno del personaje:

Los salones más aristocráticos lo vieron pasearse con el desembarazo del caballero consumado que hablan en él. Señorial estampa, realizada por el frac elegantemente llevado; negra y nutrida cabellera; dilatada frente, que denuncia múltiples y óptimos talentos; ojos vivos, de llameante brillo; delgada nariz olfativa de aletas trémulas; espeso y bien cuidado mostacho; labios belfos y sensuales; mentón amplio y fuerte que pregona una dominadora voluntad; marfileña tez; rostro armonioso y distinguido óvalo; menudo y seguro caminar; cuerpo de proporción lograda; engoladas maneras de refinado cortesano; gesto apenas sonreído; noble el ademán; desenvueltos los movimientos del triunfador de la palestra; y delicada palabra para galantear damas.

Pero son sus ejecutorias políticas las que podrían explicarnos como de modernista y continuador del más brillante Dario, terminaría siendo un versificador de toda ocasión.

A los 23 años llegó al parlamento donde combatiría a Rafael Uribe Uribe, para luego partir a Europa como secretario de Reyes. El viaje duró dos años. Asistió a la Facultad de Letras de la Sorbona, al instituto de Francia y a la Escuela libre de Ciencias Políticas. En París conoció a famosos escritores (Dario y Wilde) y recibió su influjo. Pero fundamentalmente se dedicó a prestar sus servicios a los gobernantes de quienes recibía su paga. El París finisecular vio a Valencia comprando armas para combatir un pueblo que se había rebelado contra las tiranías.

En el curso de un mes —anota Duarte French— remitió a Colombia 60.000 fusiles y nueve millones de cartuchos. Los mismos que sirvieron para alimentar el fuego de la batalla de Palonegro, quizás en la que más se ha vertido sangre hermana.

Cuando cumplió 28 años fue nombrado jefe civil y militar del viejo Cauca, un territorio que comprendía lo que hoy son los departamentos del Valle,

Nariño, parte de Caldas, el Choco y el Cauca. Sus poderes fueron vastos y su celo represivo tal, que al terminar su misión tuvo que retirarse del cargo para cuidar la salud.

A pesar de sus muchísimas muestras de fidelidad a la casta política colombiana y a sus instituciones, Valencia no pudo llegar a la Presidencia. Los más radicales jefes del partido conservador nunca vieron en él al ortodoxo que requerían sus intereses. Esa parece haber sido su mayor desgracia.

De su primera derrota electoral, Valencia dejó este testimonio:

En 1916, cuando iba a terminar el periodo presidencial del doctor Concha, mi carrera política llegó a un momento álgido. El conservatismo se hallaba dividido, y yo formaba parte de la disidencia, que sin ir contra el principio básico de unión entre la iglesia y el estado, aspiraba a que el presidente de la república fuese nombrado efectivamente por el voto popular.

Los disidentes, que éramos los del grupo histórico, provocamos el descontento clerical. Mire usted la circular que pasó el obispo ordenando que a todo conservador disidente se le negara la absolución, y que sólo se le administraran los sacramentos cuando se arrepintiese de sus pecados y firmara una retractación declarando que era lícito que el clero interviniera en política.

En cuanto a mí, vivía por entonces una de las épocas más afortunadas de mi vida. Bogotá consideraba como suyo el éxito obtenido por mi obra literaria en toda América y me colmaba de agasajos: y esta gloria, que no desvinculaba al poeta del político, empezaba a influir en mi prestigio parlamentario.

Ya se esbozaba, como candidato de los nacionalistas, don Marco Fidel Suárez, quien, modestamente temeroso de que yo le perturbara, instigó a Esteban Rodríguez Triana para que me atacara en la Gaceta Gráfica, tratando de ridiculizarme. Mis relaciones con el señor Suárez se agraron entonces hasta el punto de que él me solicitó le devolviera las cartas que me había escrito.

Estoy seguro que ganamos las elecciones. Cometimos el error de publicar, en un momento de entusiasmo ingenuo, el resultado de las urnas en las principales ciudades del país y entonces funcionó el fraude. Se enviaron canastadas de papeletas a todos los pueblos, y hubo aldeas de Nariño que contaban con quinientos electores y pusieron tres mil votos. (Véase: *Guillermo Valencia me dijo*, en Suplemento Literario de La Patria, Manizales, 21 de octubre de 1973).

Pasó sus últimos años cazando venados y oponiéndose violentamente a la *Ley de tierras* del gobierno de López Pumarejo. Según María Mercedes Carranza (*Estravagario*, Cali, marzo 23, 1975):

Su posición de señor feudal cobra relieve en la lucha implacable que sostuvo contra los indios paeces que ocupaban los resguardos del Cauca. El antropólogo Gonzalo Castillo, quien ha recopilado parte de los escritos de Quintín Lame, da algunos datos que permiten conocer cuál fue la actitud de Valencia al respecto. A comienzos del siglo feudatarios de esa región, que pertenecían a una clase agraria y social de espíritu colonizador y expansionista, la emprenden contra esos resguardos con el fin de apoderarse de las tierras que las integran y lo hacen al amparo de la ley. El más emprendedor de estos terratenientes es el suegro de Valencia, Ignacio Muñoz. Para oponerse al despojo, surge el líder indígena Manuel Quintín Lame, quien crea un principio de resistencia entre las comunidades. Quintín Lame es perseguido y encarcelado. Valencia será su principal enemigo. No contento con vejarlo y golpearlo públicamente, solicitó para él el destierro.

La poesía de Flórez sigue, como hace ochenta años, suscitando debates. Su popularidad en la época de la *Guerra de los Mil Días* y bajo los gobiernos conservadores sólo vino a menguar al llegar las nuevas élites al gobierno, cuando la primera administración de López Pumarejo. Flórez sigue oyéndose anónimamente en las canciones de fonda, esas fondas que hoy son las cantinas de los barrios pobres de los pueblos. Pero nadie como él gozó de prestigio ni tuvo, en Colombia, tantos admiradores. Vargas Vila, Flórez y García Márquez han sido los escritores más leídos de nuestra historia.

El último debate que ha promovido Flórez, desde sus versos, sucedió al publicar Andrés Holguín su *Antología crítica de la poesía colombiana* a mediados de los años setentas.

El doctor Holguín repite allí lo que ya había sostenido en *La poesía inconclusa y otros ensayos* en 1947. Para Holguín, Flórez es "un romántico nacido con un siglo de retraso", representante del sentimentalismo fácil, y de la bohemia finisecular de la *Gruta Simbólica*. "A veces dulce, a veces macabro, inculto y de inspiración espontánea, Flórez escribe versos que parecen rápidas improvisaciones de tertulia".

No sólo el doctor Holguín ha seguido pensando así de Flórez. Poco después (*Estravagario*, Cali, s.f.) don Fernando Garavito, que firmaría en su edad adulta entrevistas como Juan Mosca, haciendo un balance de la vida y obra del chiquinquireño, decía que Flórez no era un fenómeno literario sino sociológico y que correspondía a éstos decir que decían al 53% de analfabetos "unos versos morbosos y superficiales".

Garavito hizo un inventario de las palabras más recurrentes en la poesía de Flórez. "En ellas -afirma- se retrata de cuerpo entero". Las palabras son las siguientes:

Abandonar, amante, angustia; bóveda; cementerio, cobardía; desierto, desnudo, desventura, desolación, desgarrado, disolución; engañar, entumecer, espectro, expirar; fosa, frío; gusano; heces, huérfano; inconsolable, infinito, ingrato, inmundo; lívido, lloro, lupanar, lluvia; negro, nieve, noche; mentir, mudez, muerte; oscuro; páramo, parca; sangriento, seco, silencio, soledad, sollozo, sombra; taciturno, trágico, triste, tinieblas, tumba.

Borges ha dicho, repitiendo a Bradley (*Siete noches*, 1980, 106) que uno de los efectos de la poesía debe ser darnos la impresión, no de descubrir algo nuevo, sino de recordar algo olvidado. Yo creo que una lectura de Flórez nos depara, en una docena de poemas, esa sensación.

El olvido, lo olvidado que descubrimos en esos textos son los sufrimientos de un pueblo que tenía en Flórez a su poeta. De allí que no sea extraño que durante más de cincuenta años cierta crítica pretendiera olvidar a Flórez, a medida que los ministros de educación lograban abolir la historia.

Uno de sus poemas con el cual vale iniciar una lectura de su obra es *¡Oh poetas!* No sabemos cuándo lo compuso, aunque tenemos un testimonio que asegura que iba a leerlo en el Teatro Colón en 1885.³

Los poetas para Flórez, para el sentimiento romántico, son esos seres cansados de la vida, pálidos, tristes, ceñudos, cobardes, que van por el mundo sin rumbo, atrapados por la duda, padeciendo el dolor humano y que escriben apasionados poemas. Pero en el mundo no hay virtud sino llanto, miserias, deshonor y crimen. Aquí no se valora el talento sino el dinero y siempre triunfa el más fuerte. Ante esta situación, Flórez reclama a los poetas:

Dejémos las endechas
empalagosas, vanas y sutiles:
no más flores, ni pájaros ni estrellas...
es necesario que la estrofa grite.

Nuestra misión es santa:
no malgastemos en estrofas tímidas
la sacra inspiración que en nuestras frentes
arde con lampos de gloriosos fines.

Ser poeta es solidarizarse con los otros, bajar con ellos hasta las fuentes del dolor y combatir a su lado. El poema debe colaborar en la destrucción del mal, dar aliento a la virtud y castigar el crimen. Su voz de poeta debe alzarse para derrocar los tiranos, destruir los jueces venales y abolir la pena de muerte:

Hagamos -implacables y orgullosos-
si queremos ser grandes y ser libres,
un ramal de las cuerdas de la lira
para azotar con él a los serviles.

Que a nuestra voz descendan
de lo alto, los míseros reptiles:
todos, todos los déspotas del mundo,
todos, todos los judas y cañes.

.....
Hondo desprecio y pena
para los jueces que la ley infringen;
para el cadalzo, horripilante pulpo
que hace de sangre y llanto sus festines.

Si hubo alguna vez una "estética" en la mente de Flórez, *¡Oh, poetas!* debe ser su mejor logro. Combatir y no contemplar, poesía militante, declamada y cantada en las fondas y cantinas de un país que desaparecía entre los fuegos de la artillería enviada desde Europa por Valencia. El mejor poeta de *La Gruta Simbólica* daba una respuesta a las angustias de sus conciudadanos,

³ Ver Hernán Restrepo Duque, *La gran crónica de Julio Flórez*, 1972, pp. 24-25.

desde el romanticismo, mientras los modernos, parnasianos o simbolistas, se acogían a la torre de cristal y hacían la guerra contra el pueblo.

La LXXXIV *Gota de Ajenjo* y *La neutralidad* están escritos en el tono de *¡Oh, poetas!* El primero advierte a los tiranos vivir vigilantes, porque como el rey corrompido que está a solas con su conciencia y al dormir es sepultado por las olas, los déspotas serán destrozados por el pueblo. El segundo ataca directamente a los que no toman partido en las contiendas sociales.

Los neutrales... ¿Con qué dignas razones
del Gran Conflicto explicarán su ausencia,
si hoy la neutralidad de las naciones
sólo es miedo, egoísmo y conveniencia?

Hoy la neutralidad es un sarcasmo,
una injuria velada a la justicia;
es la complicidad hecha marasmo
en pro del desenfreno y la codicia.

Cuando se trata de salvar el mundo
de una casta feral y de un demente,
cuando los pueblos destrozados gimen

bajo el rigor del déspota iracundo
es la neutralidad el más ingente
sordo, cobarde y despiadado crimen.

Los escasos poemas de Flórez que han superado los sentimentalismos de su tiempo fueron publicados, quizás escritos también, entre 1905 y 1908. Esa época nos ofrece un Flórez "filosófico". Se ocupa más en pensar los porqués que lamentarse de los fracasos amorosos o dar rienda suelta a una imaginación mórbida, producida por el demasiado comercio con la muerte y las miserias que crean las guerras.

Epígono del romanticismo, Flórez sufre dramáticamente el conflicto entre "su" personalidad y el mundo que le rodea. El yo liberal proyecta sobre el mundo ruin los sueños de una sociedad sin trabas ni preceptos. Ese choque entre el mundo soñado y el real termina por hacer vivir al poeta en soledad, sufriendo desesperación y melancolía. La vida es dolor, el artista es un incomprendido. Sus versos serán vistos como blasfemos, impuros, apasionados, sentimentales y llorones.

La blasfemia en Flórez alcanza niveles maravillosos, absolutamente existencialistas. Una joya de esa literatura blasfema, que ha debido causar más de una llaga en las almas de sus coétaneos, es *A mi madre*. La *mater dolorosa* está pintada con lujo de detalles; ella, que es el paradigma del sufrimiento, ella, que es astro en la noche eterna del melancólico, ella, la idolatrada, es:

Grande a pesar de que me dio la vida

Como el último Silva, hay un Flórez que sabe que más allá de la tumba hay poca cosa. En *el cementerio*, después que otros se han ido, dejando a la amada bajo la losa, el poeta interroga a la muerte sobre el destino de la belleza y la vida más allá de esta *jornada*. El eco responde con el final de la palabra: nada, nada, nada.

El antiguo asunto del paso del tiempo da cuerpo a uno de sus memorables sonetos:

Algo se muere en mí todos los días;
del tiempo en la insonora catarata,
la hora que se aleja me arrebató
salud, amor, ensueños y alegrías

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: "¡Yo, no soy yo!" ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flórez y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que ante mi muerte próxima imagino
que muchas veces en la vida... he muerto

(*Resurrecciones*, Cardos y lirios, 1905).

Un año más tarde, en *Manejo de zarzas* incluiría *Todo nos llega tarde*. Este soneto, que ha perdurado de generación en generación es una concepción del mundo claramente colombiana. La realización de una esperanza, la paz luego del dolor, el elogio, la gloria y la muerte, todo nos llega tarde.

En *Marcha, Salud*, la novela y la décima *Gotas de Ajenjo* insiste en la ignorancia que el hombre tiene de su destino. No sabe qué responder ante los interrogantes que surgen al paso de la vida; el hombre prefiere vivir alienado para no padecer la realidad, y el alcohol le alivia del dolor. Toda bella muere, las pupilas, los labios, los senos, las manos, las firmes carnes de las jóvenes se arruinan y terminan en la tumba. ¿Quién es más culpable, quien asesina o quien engendra vida?

La soledad como motivo ocupó muchos textos de Flórez. En *Abandonado*, un hombre es rescatado de la vida errabunda por una bella virtuosa que luego desvía su camino. El engaño amoroso, la soledad y el recuerdo de los días de pasión viven en *Aún*. *La gran tristeza* es la soledad:

¡Oh, cuán solos estamos! Ves, ya empieza
a anochecer: qué iguales nuestras vidas...
nuestra desolación... nuestra tristeza.

Suicidio, morbo y prostitutas son sus restantes temas. Sus textos mórbidos están inscritos en los postulados románticos. No son excepción. Sexo, erotismo, muerte y cementerios encendieron las mentes de esos poetas de fines de siglo. No sólo en América —estos seguían los ejemplos europeos— las visitas a las tumbas fueron moneda corriente. Pío Baroja (*Memorias III*, 1949) recuerda como “muchas veces yo y otros amigos, llevados por esas tendencias fúnebres, hemos ido de noche a esos cementerios románticos que había hacia Vallerhermoso, cerca del canalillo”. De ese corte son *Deshielo*, *Amor inmortal* y algunas *Gotas de Ajenjo*. Copiaré algo del segundo:

Dile al enterrador, que, cuando mueras,
sepulte tu cadáver junto al mío:
¡Quiero ver tus pupilas hechiceras,
resplandecer en mi sepulcro frío!

El bogotano es un soneto poco conocido de Flórez. En él retrata por dentro y por fuera ese espécimen que terminan siendo los clasemedios que deciden “hacer la América” en la capital colombiana. Este soneto hace compañía a *Día de difuntos* de Silva y es un esquema de *Los parientes de Ester*, la novela de Luis Fayad.

Correcto en el vestido; por su semblante
nunca pasa una sombra de duelo insano:
así va por las calles el bogotano,
siempre fino y alegre, siempre elegante.

Entre amigos y damas luce el chispeante
ingenio, que derrocha cortés y llano;
y como es un modelo de cortesano,
ama así... a la ligera: por ser galante.

Al hundirse en el lecho tras el quebranto
de una noche de danzas y de emociones,
se apodera de su alma cruel desencanto,

y mira, entristecido, por los rincones
del oscuro cerebro, vagar, en tanto,
deshojadas y mustias sus ilusiones.

La primera edición de *Ritos* apareció en Bogotá en 1899; la segunda en Londres, en 1914. La primera contenía 31 poemas originales y 18 versiones de 10 poetas. La segunda tuvo 44 poemas originales y 47 versiones de 24 poetas. Con la aparición de *Ritos*, Valencia dio altura a un tono que Rubén Darío había encontrado tedioso. El brillo rutilante de los salones, los versos sonoros, la maravilla de los artificios, la música del champán, alcanzan plenitud en esta voz. Autor de media docena de espléndidos cantos, después de *Ritos* se dedicó a versificar en ocasiones familiares o políticas y a traducir varios cientos de poemas de varias lenguas que conocía o ignoraba, donde dejó huella de esa delicada música que poseían su voz y oído de modernista.

Escrito cuando Valencia tenía 25 años, *Ritos* es uno de los más hermosos libros de nuestra literatura. En *Turris Eburnea* dejó desde entonces acentado su credo:

¡Ábreme, Torre de Marfil, tus puertas!
El mal y el bien, los hombres y la vida
a ti no alcanzan, ni el amor que olvida
roba tu paz con esperanzas muertas.

Al crítico Satán, las aras yertas
y el mustio libro tu dosel no anida;
ni la tribu de lengua dolorida
asilaron tus bóvedas desiertas.

Vive a tu amparo la Belleza: muda,
impasible, glacial; última diosa
que ornó de mirto el amoroso griego;

yo, —como el ave que Minerva escuda—
quiero en la lumbre de tu faz radiosa
apacentar mis círculos de fuego!

Un hombre de pasiones borrascosas, empujado por una ideología retardataria, buscó asilo en la *torre de marfil* creyendo abandonar los asuntos de este mundo para cincelar en palabras la música que esas pasiones —más carne que seso—, le dictaban.

Imposible es saber hoy que habría sido del primer y único Valencia si sus ideas hubiesen seguido, al menos, al último Silva. Nadie puede variar el destino, menos el destino de un “amanuence de los dioses” como fue Valencia. Lo cierto es que desde joven, cuando topó con Baldomero Sanín Cano, se aficionó por *Zaratustra*. Allí encontró, como bien lo anotó Rafael Maya (*Los orígenes del modernismo en Colombia*, 1961, 34) “una cantera milagrosa, de donde sacó siempre epigramas para sus poemas y citas para sus discursos”. A Valencia no sólo interesaban los giros verbales de Nietzsche, veía en él una doctrina que sustentaba las aspiraciones de una clase nueva —bastarda para el feudalismo y los terratenientes— y que aspiraba a la grandeza por vía del espíritu y la fuerza y no de la sangre. Para el Nietzsche creador de Zaratustra,

Es aristocrática la retenida apariencia *frívola* con que se *enmascara* la firmeza estoica y el dominio de sí mismo. Es aristocrático andar despacio, en todo, y también la mirada lenta. Admiramos difícilmente. No hay muchas cosas valiosas; y éstas vienen por sí solas y quieren venir a nosotros. Es aristocrático eludir pequeños honores, y desconfiar de aquél que elogia con facilidad. Es aristocrático dudar de que sea posible comunicar los sentimientos; la soledad no elegida, sino dada. La convicción de que sólo tiene un obligaciones con sus iguales y de que hay que portarse con los demás arbitrariamente; de sentirse uno siempre como alguien que *concede* honores y de admitir rara vez que nadie tenga que concedérselos; de vivir siempre disfrazado, como quien viaja de incógnito, — para ahorrar muchas vergüenzas—; de ser capaz del ocio y no sólo trabajador como las gallinas...

Hijo de un aristócrata pobre, Valencia vio en Nietzsche la posibilidad de ser un noble del espíritu y así poder empinarse sobre una nación y unos hombres que debió sentir siempre inferiores a su grandeza. No habían ellos, los modernistas, nacido para vivir en mundos prosaicos. Pero un gran trecho va del Darío de *Azul* al Darío de *Cantos de vida y esperanza*. Valencia se quedó en *Azul*, así quisiera dorar sus doradas píldoras con un poema social como *Anarkos*. El Valencia de principios de siglo, es decir, el poeta, lo definió muy bien Luis María Mora:

En el espíritu de Guillermo Valencia tienen cabida todas las hipótesis, todas las teorías, todos los sistemas. Así recita una de esas brillantes cartas de San Jerónimo, delicia de doctos y de ignorantes, como una tersa y pulida página de Renán, al cual paga verdadero amor y sigue en todo, menos en lo de asimilarse esa su divina sencillez y naturalidad helénicas. Del maestro ha tomado aquello de bendito sea Dios, que hoy no me he contradicho, sino catorce veces, a que parece amoldarse, pues, por lo que a vosotros toca, nunca hemos podido saber si Valencia antepone el paganismo al ideal cristiano, si es reaccionario o anarquista, creyente o ateo. (Citado por Rafael Maya, en *Los orígenes del modernismo en Colombia*, 1961).

No es de extrañar entonces que *Ritos* se abra con un homenaje a Silva, un Silva aparente, de salón, angustiado pero aristocratizante:

Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

Y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo que, en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de la melancolía:

exagüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

¡unió la faz de un Numen dulcemente asediado
a la ideal belleza del estigmatizado...!

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

.....
oír los mudos ecos que pueblan los santuarios;
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre el lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo;

eso fuiste, ¡oh, poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

(Leyendo a Silva)

A pesar de que Valencia busque abrigo en la *torre de marfil*, donde todo es frialdad y donde nada, ni el mal ni el bien, ni el dolor ni la pasión conmueven *la belleza*, el poeta sabe que su condición es dolorosa. El poeta está separado, no hay para él, como para sus camellos jóvenes y esbeltos, donde saciar las varias sed de felicidad, carne y paz.

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta,
que vais llevando a cuestras el sacro monolito!
¡Tristes de Esfinge, novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

(Los camellos)

Valencia, a pesar de su tono, no dejó de dar un testimonio de su tiempo. El es siempre una soprano coloratura que canta los sentimientos del tiple de Flórez. Sus pequeños asuntos son siempre tristes, melancólicos, rara vez hay felicidad. En *Croquis*, un suicida –mendigo o poeta–, es devorado por un perro; el pasado glorioso no volverá (*Decadencia*). Las cigüeñas son otro símbolo de los poetas, del pasado feliz, de la vida artística:

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atraviesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera;

y no ven, cual los pálidos cantores
–más allá de los agrios arenales–,
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de abril, las noches invernales.

Encarnecida raza de proscritos,
la sien quemada por divino sello:
naúfragos que parecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello.

(*Cigüeñas blancas*)

Sus tres poemas mayores van y vienen entre la pasión y la fe, sean unas veces la carne y la religión, o las fuerzas sociales en avance y su choque con las concepciones sociales.

Palemón el estilista y *San Antonio y el centauro* se debaten entre la ideología y el deseo. *Palemón el estilista* es el único poema de Valencia donde la carne vence a la fe. El asunto es bien conocido y ha suscitado un filme de Buñuel: *Simón del desierto*, donde el eremita termina bailando rock and roll en una boate de Ciudad de México mientras huele las magníficas caderas de Silvia Pinal, el demonio, por supuesto. El asunto le permitía gozar verbalmente, quizás después de gozar realmente. La descripción de la mujer, vista como un ser maligno, fuente de placer y foso de pecado, es maravillosa:

De la turba que oía
una linda pecadora
destacóse: parecía
la primera luz del día,
y en lo negro de sus ojos
la mirada tentadora
era un áspid: amplia túnica de grana
dibujaba las esferas de su seno;
nunca vieran los jardines de Ecbatana
otro talle más airoso, blanco y lleno;
bajo el arco victorioso de las cejas
era un triunfo la pupila quieta y brava,
y, cual conchas sonrosadas, las orejas
se escondían bajo un pelo que temblaba
como oro derretido;
de sus manos blancas, frescas,
el purfísimo diseño
semejaba lotos vivos
de alabastro,
irradiaba todo ella
como un astro:
era un sueño
que vagaba
con la turba adormecida
y cruzaba
-la zandalia al pie ceñida-
cual la muda sombra errante
de una sífide
de una sífide seguida
por su amante.

(*Palemón el estilista*)

Un diálogo entre *paganismo* y *cristianismo*, felicidad y tristeza, fuerza y debilidad, donde el último vence es *San Antonio y el centauro*. El mundo vibrante de Grecia y Roma quiere vencer a Jesús, a su símbolo, pero contrariamente a lo que estaba sucediendo en el mundo literario de comienzos del siglo, donde lo moderno vencía a lo clásico, en el poema, Valencia toma la ruta que conduce a la Edad Media, a la Edad de la Fe. El poema es una apología del atraso y sus mejores metros y ritmos están consagrados a Jesús. Aquí está presente el abismo que separaba las ideas de Darío de las ideas de Valencia. En Darío la carne no estuvo escindida, en Valencia sí. En Darío su fuerza lo llevó a escribir contra Teodoro Rossevelt, no así Valencia, cuyo único poema social es *Anarkos*, donde veremos de nuevo vencer a Jesucristo.

El simbolista Valencia corre sus velos para idearnos los paisajes de los hombres pobres y ricos, en el destino de los perros. Así se abre *Anarkos*. Un perro mísero escarba entre basuras mientras otros comparten los manjares de sus amos. Aquel no tiene quién le proteja, éstos reposan sobre la falda de su princesa o las manos del noble. El perro muere y sólo el poeta encuentra en éste asunto materia para el canto:

Miseron can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de la pena;
es su cansancio igual a tu fatiga
como tú se acurrucan en los quicios
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de oscuros precipicios.
Son siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.
Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
ilos degüellan las ráfagas de tisis!

Anarkos fue leído por primera vez en abril de 1899 antes de su viaje a Europa. En sus fragmentos más ardientes Valencia vio el futuro. Luego de describir la vida de los mineros y sostener que tampoco sus hijos conocerían otra vida, les celebra mientras compara las joyas que extraen con el llanto, la sangre, los cielos, la ira y el dolor. Tras ellos aparece la masa formidable de los nuevos profetas, *los locos* que creen poder cambiar el mundo, los hijos de *Anarkos*:

Aquel un arma ruda
pide, que parta huesos y que exprima
el verbo de la cólera; filuda
por el trabajo, recogió su lima
de fatigado obrero,
y bajo el golpe de Lucheri, imuda
cayó la emperatriz como un cordero!
Peni, Vaillant, Caserio y Augiollilo,
vuestro valor ante la muerte espanta:
negros emperadores del cuchillo,
que rendís la garganta
como débil mendrugo
a las ávidas fauces del verdugo:
de duques y barones
no circundó plegada muselina
vuestros cuellos. Allí donde culmina
el dorado listón de los toisones
os dio la guillotina
su mordisco glacial: vendimiadora
que la tez y las almas descolora

Y Valencia cambia de rumbo. No se deja atrapar por estos vociferantes que le atraen. Su razón, su fe, le hacen buscar un concilio, alguien que permita a los hombres "vivir en paz". Jesucristo otra vez, encarnado aquí, como dice Rafael Gutierrez Girardot (*Manual de historia de Colombia III*, 452) en las "ideas socialistas" de León XIII.

Veinte años justos sobrevivió Valencia a Flórez. Esos veinte años cambiaron el mundo. En 1923, fecha de la muerte de Flórez, Lenin fallecía dejando un nuevo mundo en camino, ese mundo que no podía entender Valencia en 1897. En 1931 nació la segunda república española. En 1940 sería asesinado Trosky. En 1943 los aliados desembarcaron en Italia. En 1928 había muerto José Eustaquio Rivera y en 1942 Barba Jacob. Ellos, junto a Luis Carlos López, Luis Vidales y León de Greiff limpiarían el rostro de la poesía colombiana. No más afeites ni románticos ni modernos. Un escaso polvo de arroz aparecería en las mejillas de la bella. Nuestra poesía había crecido por fin.